

Carlos Condarco Santillán

Carlos Condarco Santillán (Oruro - 1946). Poeta y escritor. Publica sus trabajos en periódicos y revistas de carácter literario, del país y el extranjero. Como poeta editó sus libros: AGRAZ (1972) y PAISAJE (1984). Como narrador: ARTEAGA EL INMORTAL (Primer Premio de Cuento "Franz Tamayo", de la H. Alcaldía de La Paz - 1980); LAS MONTAÑAS AZULES (Premio de Cuento "H. Alcaldía Municipal de Cochabamba").

Su cuento LA SIMIENTE, mereció el premio del Convenio "Andrés Bello 1984, el mismo que fue llevado al video y traducido al francés se publicó en un importante suplemento literario parisino. EL TORO, cuento de la obra Arteaga el Inmortal fue del mismo modo, traducido al alemán y publicado en la revista alemana WENDKREIS.

Su obra aún inédita, registra los siguientes títulos: LAS DOS SERPIENTES (ensayo antropológico sobre los orígenes y desarrollo del Carnaval de Oruro); LAS MONTAÑAS AZULES (cuentos); APROXIMACION A LA POESIA TAMAYANA y, PANORAMA LITERARIO DE ORURO (historia de la literatura regional de 1825 a 1975).



A un potrillo Para "Chico"

Te estoy atando en un palenque ajeno,
No es el nuestro, cansado de las riendas,
la frecuencia del lazo, las espuelas,
la abandonada jáquima, el apero
retostándose al sol.
Ahora, no es eso.
Es hoy la despedida, mi potrillo.

Cuando naciste,
en la hiemal presencia de la helada,
un zorro zahorí te vigilaba.
Después, mi potro, con los finos tientos,
un lazo te rondaba.

Y fuiste mío,
como fue la pampa,
incendiada en coraje,
con los corcovos duros del paisaje.

Los lomos fuertes,
las paletas tensas,
las espuelas ardientes en tu sangre
y tu paso de viaje y derecera.

Hoy te dejo, mi potro, me distanció,
me doy la ingrata vuelta, lio la silla.
Y te dejo, me marchó, yo, cobarde,
orillando la muerte que me humilla.

Eva (cuento corto)

Aquella tarde, como todos los jueves, la esperaba impaciente. Leía los sonetos de Pietro Aretino, intentando, sin muchos resultados, traducirlos mentalmente. Cuando principiaba a inquietarme, escuché sus pasos y la vi ingresar. Permanecí acostado, dejando reposar el libro junto a mí. "Hola, mi amor". "Hola". Me besó y acarició el rostro. Sentóse al borde del lecho y cruzó las piernas, mientras preguntaba: "¿Qué lees?" "sonetos". "¡Ah!, me encantan los sonetos. Anda, sé bueno, léeme uno". Traduje malamente aquél en que el poeta evoca la figura del centauro. Habiendo concluido, levanté la vista y vi que sus verdes ojos estaban húmedos y brillantes. La atraje hacia mí y nuestras bocas se buscaron como dos flamas enloquecidas.

Inclinado sobre ella, la besé largamente. Mis manos recorrieron, ávidas, su cuerpo elástico, firme y de rotundas formas. Mis labios descendieron al seno, cálido y palpitante, que se agitaba túrgido. Mis dedos sintieron la tibieza de la carne y la íntima suavidad de las prendas de seda. Entonces, inopinadamente, se resistió: "¡No, por favor, no!" Ignorando la súplica, y haciendo mis caricias más audaces, la besé con ardor, hasta que sentí que ambos desfalecíamos. En ese instante, apartándose bruscamente, hurtó el rostro. "Hoy no, mi vida -musitó-. Sólo vine a verte". Perplejo, opté por ignorarla, contemplando, abstraído, el cielo raso color marfil. Ella se despezó como una gata fina y vibrátil. Mimoso, se volvió hacia mí, y mientras sentía su pequeña mano acariciándome el torso desnudo, sus labios húmedos y el ápice de su lengua comenzaron a inquietarme el lóbulo de la oreja. Una lúbrica y rúsciente marejada me arrojó, nuevamente, sobre ella. "¡Por Dios, no. Hoy no. Tienes que entenderlo", protestó sofocada, pugnando por desasirse e incorporarse. La dejé hacer. Se arregló el cabello y la ropa en desorden, y, ya de nuevo sonriente, dijo: "Me voy". "¡Tan pronto! ¿Por qué?", exclamé sorprendido. "Tenemos invitados a cenar". "Dicho esto, se puso frente al espejo para retocarse el maquillaje. Cuando se dispuso a salir, la abracé estrechamente y quise decirle algo, pero selló mi boca con la mano fragante y diminuta. "Hoy no". "¿Por qué? ¡Diablos! ¡No lo entiendo!".

- ¿Quieres, de veras, saberlo?
- Si me lo dices...
- Bueno... Hoy día es el cumpleaños de mi marido y he decidido hacerle este regalo. Por supuesto que él no lo sabrá y no me lo agradecerá jamás. ¡Los hombres son tan egoístas!... Hasta el jueves, encanto.
Y salió, bella y ondulante como una serpiente.

Ama el paisaje

Ama el paisaje puro, sin ninguna
presencia que le otorgue dicha o pena,
ama la luna, sólo por ser luna:
el mar, por mar; la arena, por arena.

Sea en la adversidad o en la fortuna,
guarda dentro de ti, joya serena,
la paz y la quietud de una laguna,
de linfa incommovible, pura y buena.

Acorda tu alma el ritmo de las cosas,
y que ella vibre en todo tu paisaje,
que la penetren pétalos de rosas,

que la encienda el color de algún celaje,
que viaje con las brisas numerosas,
hasta el punto final de tu pasaje.

Feria

El agro trueca su tristeza parda
en un batir de rústicos tambores.
Las sendas se abigarran, los alcores
rasgan el viento que las nubes carda.

Excrescencia de tierra, el pueblo guarda,
por un día de fiesta, los dolores
del labriego, y sus pánicos amores
el cómplice crepúsculo resguarda.

Ante la santa imagen se prosterna,
en pasajera devoción el "runa",
quemando su copal en el rescoldo.

Oh, feria, si pudieras ser eterna,
para en tu hoguera incendiar la puna
y templar este frío bajo un toldo.

Todavía

Todavía te espero, cuando la tarde acalla
el trino de las aves y en mis silencios mora
la vespéral tristeza que mi pena edulcora.
El cielo de verano, lánguidamente orvalla.

En mi vieja cancela han tejido su malla,
los grises telarañas, en filigrana mora;
mi lámpara encendida los viejos muebles dora
y en añosos recuerdos mi corazón te halla:

Tus ojos ambarinos, tu cabellera rubia,
tu cuerpo adolescente despertando a mis manos;
el ensueño dichoso de ambos sabernos novios.

El viento peina afuera los hilos de la lluvia,
el otoño se anuncia en los álamos canos,
bordando tu recuerdo en mis versos licnobios.